

el gozo con que se alegró la Virgen santísima cuando dijo en su Cántico: *Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.* Luc. I. Alegróse mi espíritu en Dios mi salud. Con este gozo se alegró también Cristo Señor nuestro cuando dice el sagrado Evangelio: *Exultavit Spiritu Sancto.* Luc. x. Alegróse en el Espíritu Santo. El real profeta David dice que era tan grande el gozo y regocijo que recibía su alma, considerando cuán grande es el bien y la gloria de Dios, y cuán dignísimo es de que todos se gocen en el bien infinito que tiene, que de la grande abundancia redundaba la alegría al cuerpo, y se encendía la misma carne en amor de Dios: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vicum.* Psalm. LXXXIII. Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo. Y en otra parte dice: *Anima mea exultabit in Domino, et delectabitur super salutari suo: omnia ossa mea dicent: Domine, quis similis tibi?* Psalm. xxxiv. Mi alma se alegrará en el Señor, y se gozará en Dios, autor de la salud; y todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién como Vos? Y por ser cosa tan divina y celestial este amor, la Iglesia, regida por el Espíritu Santo, en el principio de las Horas canónicas, comenzando los Maitines, nos convida con el invitatorio á amar de esta manera al Señor, alegrándonos y regocijándonos en sus bienes infini-

tos; y es tomado del salmo xciv: *Venite, exultemus Domino, jubilemus Deo salutari nostro: præoccupemus faciem ejus in confessione, et in psalmis jubilemus ei: Venid, alegrémonos en el Señor, y cantemos cánticos de alabanza á Dios nuestra salud, porque es grande sobre todo, y suyo es el mar y la tierra; todo es obra de sus manos: Quoniam Deus magnus Dominus, et Rex magnus, super omnes Deos, etc. Quoniam ipsius est mare, et ipse fecit illud, et aridam fundaverunt manus ejus, etc.* Y por la misma razón y para el mismo efecto nos pone la Iglesia al fin de todos los salmos aquel verso: *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto: Sicut erat in principio, et nunc, et semper, et in sæcula sæculorum. Amen.* Este es aquel entrar en el gozo de Dios que dice Cristo Señor nuestro en el Evangelio: *Intra in gaudium Domini tui,* Matth. xxv; participar de aquel gozo infinito de Dios, y estarnos gozando y regocijando juntamente con el mismo Dios de su gloria y hermosura y riqueza infinita.

Para que nos aficionemos mas á este ejercicio, y procuremos andar siempre en este gozo y regocijo, nos ayudará mucho considerar cuán bueno, cuán hermoso y glorioso es Dios. Lo es tanto, que solo verle, hace á los que le ven bienaventurados; y si los que están en el infierno vie-

sen á Dios, cesarian todas sus penas, y se trocaria el infierno en paraíso: *Hæc est autem vita æterna, ut cognoscant te solum Deum verum,* Joan. xvii, dice el mismo Cristo por san Juan. En eso consiste la gloria de los Santos, en ver á Dios: eso es lo que los hace bienaventurados; y esto no por un dia, ni por un año, sino para siempre jamás, que nunca se hartarán de estar mirando á Dios, sino siempre se les hará nuevo aquel gozo, conforme á aquello del cap. xiv del Apocalipsi: *Et cantabant quasi canticum novum.* Harto parece que se declara con eso la bondad, hermosura y perfeccion infinita de Dios; pero aun mas hay que añadir, y aun harto mas. Es Dios tan hermoso y tan glorioso, que el mismo Dios, viéndose, es bienaventurado. La gloria y bienaventuranza de Dios, es verse y amarse á sí mismo. Mirad si tenemos razón de holgarnos y gozarnos en una bondad y hermosura, y en una gloria tan grande (1), que alegra toda aquella ciudad de Dios, y hace á todos aquellos ciudadanos bienaventurados; y el mismo Dios tambien, conociéndose y amándose, es bienaventurado.

CAPÍTULO XXXIV.

Cómo nos podemos extender mas en este ejercicio.

Podemos tambien humanarnos y extendernos mas en este ejercicio, ejercitando este amor con aquella sacratísima humanidad de Cristo nuestro Señor, considerando su dignidad y perfeccion grande, y tomando complacencia y contentamiento en eso; holgándonos y regocijándonos de que aquella benditísima humanidad de Cristo esté tan sublimada y unida con la persona divina, que esté tan llena de gracia y de gloria, que sea instrumento de la Divinidad para obrar cosas tan altas, como son la santificacion y glorificacion de todos los escogidos, y todos los dones y gracias sobrenaturales que se comunican á los hombres; y finalmente, holgándonos y regocijándonos de todo lo que pertenece á la perfeccion y gloria de aquella alma gloriosísima, y de aquel cuerpo santísimo de Cristo nuestro Señor, y deteniéndonos en eso con entrañable amor y regocijo, al modo que consideran los Santos que se regocijaria la sacratísima Reina de los Ángeles el dia de la resurreccion, cuando vió á su benditísimo Hijo tan triunfante y glorioso. Y como dice la Escritura divina en el cap. xlv del Génesis, hablando del patriarca Ja-

(1) S. Thom. 1 p. q. 16, art. 2.

cob, que cuando oyó decir que su hijo vivía y era señor de toda la tierra de Egipto, se alegró tanto, que revivió su espíritu, y dijo: Bástame á mí que mi hijo José viva: no quiero mas de verle, y con eso moriré contento.

Este mismo ejercicio podemos tener de la gloria de Nuestra Señora y de los demás Santos; y será muy buena devoción en sus fiestas gastar alguna parte de la oración en este ejercicio; porque será uno de los mayores servicios que les podemos hacer: pues el mayor amor que les podemos tener, es quererles el mayor bien que ellos pueden tener, y holgarnos y regocijarnos de su gloria tan grande, y estar-nos allí dándoles el parabien de ella; y así la Iglesia nos pone este ejercicio en la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora: *Hodie Maria Virgo celos ascendit: gaudete, quia cum Christo regnat in aeternum*: y comienza el oficio de la misa en esta fiesta y en otras muchas, convidándonos á este ejercicio, y animándonos á él con el ejemplo de los Ángeles, que se ejercitan en él: *Gaudeamus omnes in Domino diem festum celebrantes sub honore Beatae Mariae Virginis, de cujus Assumptione gaudent Angeli, et collaudant Filium Dei*. Y hay otro bien y provecho grande en ejercitar este ejercicio con los Santos, y especialmente con la sacra-

simidad de Cristo nuestro Señor; y es, que de ahí viene uno poco á poco á subir y tener entrada en otros ejercicios de la Divinidad; porque, como dice Cristo, él es el camino y la puerta para entrar al Padre. *Joan. c. x, et xiv.*

También en este ejercicio que se ejercita con Dios, en cuanto Dios, hay sus grados, y nos podemos humanar mas en él, descendiendo á cosas de acá; porque aunque es verdad que Dios no puede crecer en sí, porque es infinito, y así no podemos quererle en sí mismo algun bien que él no tenga; pero puede Dios crecer exteriormente en las criaturas, que es en ser mas conocido, amado y glorificado de ellas; y así podemos también ejercitar este amor, queriendo á Dios este bien exterior. Y así, considerando el alma en la oración cuán digno es Dios de ser amado y servido de las criaturas, nos habemos de estar queriendo y deseando que todas las almas criadas y por criar le conozcan, amen, y alaben y glorifiquen en todas las cosas. ¡Oh Señor, y quién pudiera convertir á cuantos infieles y pecadores hay en el mundo, y hacer que nadie os ofendiera, y todos os obedecieran, y se emplearan en vuestro servicio ahora y para siempre jamás! *Sanctificetur nomen tuum. Matth. vi. Omnis terra adoret te, et psallat tibi, psalmum dicat no-*

mini tuo. Psalm. lxxv. Y allí nos podemos estar pensando mil maneras de servicios que las criaturas podían hacer á Dios, y estarlos deseando.

De aquí ha de descender cada uno á desear y procurar hacer la voluntad de Dios y su mayor gloria, en lo que á él le pertenece, procurando hacer siempre todo aquello que entendiere ser voluntad de Dios y mayor gloria suya, conforme á aquello que Cristo nuestro Señor dice de sí en el sagrado Evangelio: *Quia ego, quae placita sunt ei, facio semper*: Yo siempre hago lo que agrada á mi Padre; porque, como dice el evangelista san Juan en el capítulo viii: *Qui dicit, se nosse Deum, et mandata ejus non custodit, mendax est, et in hoc veritas non est*: El que dice, que conoce y ama á Dios, y no hace su voluntad ni guarda sus mandamientos, no dice verdad, miente: *Qui autem servat verbum ejus, vere in hoc charitas Dei perfecta est*, I Joan. c. ii; pero el que los guarda y hace la voluntad de Dios, ese tiene perfecta caridad y amor de Dios.

De manera que para amar á Dios, y tener entera conformidad con su voluntad, no basta que el hombre tome complacencia de los bienes de Dios, y quie-

ra que todas las demás criaturas amen y glorifiquen á Dios, sino es menester que el mismo hombre se ofrezca y dedique todo al cumplimiento de la voluntad de Dios; porque ¿cómo puede uno decir con verdad que desea la mayor gloria de Dios, si en lo que él puede y está en su mano no lo procura? Y este amor es el que ejercita el alma cuando en la oración está formando propósitos y deseos verdaderos de cumplir la voluntad de Dios en esto y en aquello, y en todo lo demás que se ofreciere, que es el ejercicio en que ordinariamente nos solemos ejercitar en la oración.

Con esto habemos abierto grande campo para podernos ocupar en la oración mucho tiempo en este ejercicio, y declarado el provecho y perfección grande que hay en él. No resta sino que pongamos las manos á la obra, y que comencemos á ensayarnos acá en el suelo en lo que habemos de ejercitar despues para siempre y tan aventajadamente en el cielo: *Cujus ignis est in Sion; et caminus ejus in Jerusalem*. Isai. xxxi. Aquí se ha de comenzar á encender en nosotros ese fuego de amor de Dios; pero las llamaradas, la alteza y perfección de él será en aquella Jerusalem celestial, que es la gloria.